



TRILOGÍA VATÍDICO

ROBIN HOBB

LA BUSQUEDA
DEL ASESINO

El rey Artimañas ha muerto a manos de su hijo Regio. Al igual que Traspíe... o al menos eso creen sus amigos y adversarios. Pero con la ayuda de sus aliados y de la magia de las bestias emerge de la tumba, profundamente herido en cuerpo y alma. También el reino se tambalea al borde del desastre: Regio ha saqueado y abandonado la capital, en tanto el legítimo heredero, el príncipe Veraz, continúa perdido en una disparatada búsqueda que podría repararle la muerte. Sólo el regreso de Veraz, o el heredero que porta la princesa en su vientre, pueden salvar a los Seis Ducados.

Pero Traspíe se niega a esperar. Empujado por la pérdida y por sus amargos recuerdos, inicia una búsqueda: la de la muerte de Regio. Su viaje lo sumerge en aguas profundas cuando descubre las salvajes corrientes de magia que habitan en él, corrientes que terminarán por ahogarlo o por convertirlo en algo más de lo que es...

Una nueva y extraordinaria voz de la fantasía nos presenta la asombrosa conclusión de la trilogía del Vatídico, donde Traspíe Hidalgo se enfrenta a su destino como el catalizador del que depende la suerte del reino de los Seis Ducados... y del mundo.

Para la muy real Kat Ogden

Que desde temprana edad amenazaba con ser
bailarina de claqué,
campeona de esgrima,
yudoca,
estrella de cine,
arqueóloga,
y
presidenta de Estados Unidos

Y está acercándose peligrosamente al final de su
lista.

No hay que confundir jamás la película con el li-
bro.

Prólogo

El Olvidado

Despierto cada mañana con las manos sucias de tinta. En ocasiones estoy tumbado, boca abajo, sobre mi mesa de trabajo, en medio de una maraña de pergaminos y papeles. Mi chico, cuando entra con mi bandeja, a veces se atreve a regañarme por no haberme ido a la cama la noche anterior. Vero a veces me mira a la cara y no dice nada. No intento explicarle por qué hago lo que hago. No es un secreto que se le pueda confiar a alguien más joven; tendrá que ganárselo y aprenderlo por méritos propios.

Las personas tienen una finalidad en la vida. Esto lo sé ahora, pero tardé los primeros veinte años de mi vida en aprenderlo. No me considero extraordinario por eso. Empero, es una lección que, una vez aprendida, nunca he olvidado. De modo que, con poco más que el dolor para distraerme últimamente, me he procurado una finalidad propia. Me he volcado en una tarea a la que lady Paciencia y el escribano Cerica renunciaron hace mucho tiempo. Comencé estas páginas en un esfuerzo por redactar una historia coherente de los Seis Ducados. Pero tuve dificultades para mantener mi mente fija en un mismo tema por mucho tiempo, por eso me distraigo con tratados de menor importancia, con mis teorías sobre la magia, con mis observaciones sobre es-

estructuras políticas y mis reflexiones sobre otras culturas. Cuando la incomodidad alcanza su punto álgido y no consigo tamizar mis ideas lo suficiente para plasmarlas sobre el papel, traduzco, o intento copiar de forma legible documentos antiguos. Ocupo mis manos con la esperanza de distraer mi mente.

La escritura es para mí lo que era la cartografía para Veraz. El detalle del trabajo y la concentración requerida basta casi para hacer que uno olvide los anhelos de la adicción, y los dolores residuales que resultan de haberla satisfecho en el pasado. Se puede perder uno en semejante trabajo, olvidarse de sí. O puede profundizar y encontrar numerosos recuerdos en lo hondo de su ser. Con demasiada frecuencia descubro que me he alejado de la historia de los ducados para adentrarme en la de Traspíe Hidalgo. Esos recuerdos me dejan cara a cara con aquel que fui una vez, y con aquel en que me he convertido.

Cuando uno está tan profundamente absorto en dichas memorias, resulta sorprendente cuántos detalles es capaz de recordar. No todos los recuerdos que conjuro son dolorosos. He tenido no pocos buenos amigos, y han sido más leales de lo que tenía derecho a esperar. He conocido bellezas y gozos que pusieron a prueba la fortaleza de mi corazón tanto como las tragedias y fealdades. Pese a lo que poseo, tal vez una mayor cantidad de recuerdos oscuros que el resto de los hombres; pocas personas han conocido la muerte en una mazmorra, o pueden recordar el interior de un ataúd enterrado bajo la nieve. La mente huye de los detalles de semejantes vivencias. Una cosa es recordar que Regio me asesinó, y otra muy diferente demorarse en los detalles de los días y las noches que hube de soportar mientras me sometía a la inanición y las palizas que terminaron con mi muerte. Cuando lo hago, hay momentos que todavía me hielan las entrañas, aun después de todos estos

años. Puedo recordar los ojos del hombre y el sonido de su puño aplastándome la nariz. Aún existe para mí un lugar que visito en mis sueños, donde luché por seguir de pie, intentando no pensar en cómo será mi último intento por matar a Regio. Recuerdo el golpe que me agrietó la piel abotargada y me dejó en la cara la cicatriz que todavía conservo.

Jamás he olvidado el triunfo que le concedí cuando ingerí el veneno y morí.

Pero más dolorosos que los sucesos que puedo recordar son aquellos que he olvidado. Cuando Regio me mató, morí. Nunca se me volvió a conocer por Traspíe Hidalgo, nunca renové los lazos con las personas de Torre del Alce que me habían conocido desde que tenía seis años. Nunca volví a vivir en el Castillo de Torre del Alce, nunca más visité a lady Paciencia, nunca volví a sentarme en las piedras de la chimenea a los pies de Chade. Perdí aquellos ritmos vitales que se habían imbricado con el mío. Algunos amigos perecieron, otros se casaron, nacieron bebés, los niños se convirtieron en hombres y yo me lo perdí todo. Aunque ya no poseo el cuerpo de un joven robusto, podría vivir aún alguien que antaño me consideraba su amigo. A veces, todavía anhelo verlos, tocar sus manos, enterrar la soledad de todos estos años.

No puedo.

Esos años se han perdido para mí, así como todos los años de sus vidas por venir. Perdido está también aquel período, no más de un mes, pero aparentemente mucho más, cuando se me confinó primero en un calabozo y después en un ataúd. Mi rey había muerto en mis brazos, mas no asistí a su funeral. Como tampoco estuve presente en el consejo posterior a mi muerte, cuando fui declarado culpable de practicar la magia de la Maña y, por consiguiente, merecedor de la muerte que se me había impartido.

Paciencia vino para reclamar mi cadáver. La esposa de mi padre, tan perturbada al principio por haber descubierto

que su esposo había engendrado un bastardo antes de su enlace, fue la única persona que me sacó de aquella celda. Suyas fueron las manos que lavaron mi cuerpo para el entierro, que me enderezaron las extremidades y me envolvieron en la mortaja. La torpe y excéntrica lady Paciencia, por el motivo que fuere, me limpió las heridas y las curó con tanto mimo como si yo aún estuviera vivo. Ella sola fue la que ordenó que se cavara mi fosa y la que presenció el descenso de mi féretro. Ella y Cordonia, su dama de compañía, lloraron mi muerte, cuando todos los demás, por miedo o por rechazo a mi crimen, me abandonaron.

Nada sabía ella de cómo Burrich y Chade, mi mentor asesino, se acercaron noches después a esa tumba y retiraron la nieve caída y los terrones congelados que tapaban mi ataúd. Sólo ellos dos estaban presentes cuando Burrich rompió la tapa de mi féretro y sacó mi cadáver para llamar después, con su propia Maña, al lobo al que se le había confiado mi alma. Arrebataron esa alma al lobo y la encerraron de nuevo en el cuerpo del que había huido. Me resucitaron para caminar de nuevo con forma humana, para recordar lo que era tener un rey y estar vinculado por un juramento. Hasta este día, sigo sin saber si les doy las gracias por eso. Es posible, como insiste el Bufón, que no tuvieran otra elección. Es posible que no pueda haber agradecimientos que dar ni culpas que echar, que sólo podamos reconocer las fuerzas que nos condujeron y ataron a nuestros inevitables destinos.

1

La Tumba de la Vida

En los Estados de Chalaza tienen esclavos. Se ocupan del trabajo pesado. Ellos son los mineros, los herreros, los remeros, los que conducen las carretas cargadas de menudillos, los que aran los campos, las prostitutas. Curiosamente, esclavos son también los tutores de los pequeños, las niñeras, las cocineras, los escribanos y los artesanos. La rutilante civilización de Chalaza al completo, desde las grandes bibliotecas de Jep a las legendarias fuentes y baños de Sanguaza, se basa en la existencia de una clase esclava.

Los Comercios del Mitonar son la mayor fuente de abastecimiento de esclavos. En el pasado, la mayoría de los esclavos eran prisioneros capturados en la guerra, y Chalaza afirma todavía que esto es verdad. En los últimos años no ha habido guerras suficientes para satisfacer la demanda de esclavos cultivados. Los Comercios del Mitonar saben ingeniárselas a la hora de encontrar otros puntos de aprovisionamiento, y la piratería tan extendida que asola las Islas del Comercio se menciona a menudo asociada con esto. Quienes poseen esclavos en Chalaza sienten poca curiosidad por conocer el origen de sus criados, siempre y cuando éstos estén sanos.

La esclavitud es una costumbre que nunca ha arraigado en los Seis Ducados. El hombre condena-

do culpable de un delito podría ser sentenciado a servir a su víctima, pero siempre se estipula un límite de tiempo y jamás será considerado menos que una persona que cumple su pena. Si el crimen es demasiado atroz para redimirse por medio de los trabajos forzados, el criminal pagará con su vida. Nadie se convierte en esclavo en los Seis Ducados, como tampoco respaldan nuestras leyes la idea de que una casa entre con sus esclavos en el reino y los obligue a conservar su condición. Por este motivo, muchos esclavos de Chalaza que consiguen la libertad de manos de sus propietarios por uno u otro motivo escogen los Seis Ducados como nuevo hogar.

Estos esclavos traen consigo las lejanas tradiciones y costumbres populares de sus tierras. Un relato que he conservado tiene que ver con una joven que era Vecci, o lo que nosotros llamaríamos Mañosa. Deseaba abandonar el hogar paterno, seguir al hombre que amaba y convertirse en su esposa. Sus padres no consideraban que él fuese un buen partido y le denegaron el permiso. Si ellos no querían dejarla partir, ella era demasiado obediente para contrariarlos. Pero también era demasiado apasionada para vivir sin su verdadero amor. Se tendió en su cama y murió de lástima. Sus padres la enterraron con gran pesar y reproche por haberle impedido seguir los dictados de su corazón. Pero sin que ellos lo supieran, ella estaba ligada por la Maña a una osa, que cuando murió la joven se hizo cargo de su alma y le impidió escapar del mundo. Tres noches después del entierro de la muchacha, la osa escarbó en su fosa y restauró el espíritu de la joven a su cuerpo. El renacimiento de la joven la convirtió en una persona distinta que ya no debía obediencia a sus padres. De modo que salió del ataúd destrozado y partió en busca de su verdadero amor. El cuento tiene un final triste,

pues tras su existencia como osa fue incapaz de volver a ser completamente humana y su amor verdadero se resistió a aceptarla.

Este fragmento de historia fue lo que fundamentó la decisión de Burrich de intentar liberarme de la mazmorra del príncipe Regio envenenándome.

Hacía demasiado calor en el cuarto. Y era demasiado pequeño. Jadear ya no me refrescaba. Me levanté de la mesa y me acerqué al barril de agua que había en el rincón. Quité la tapa y bebí con avidez. Corazón de la Manada levantó la cabeza con algo parecido a un gruñido.

—Usa una taza, Traspíe.

Me corría el agua por la barbilla. Lo miré fijamente, observándolo.

—Límpiate la cara.

Corazón de la Manada apartó los ojos de mí y se miró las manos. Las tenía sucias de la grasa que estaba untando en unas tiras. La olisqueé. Me relamí.

—Tengo hambre —le dije.

—Siéntate y termina tu trabajo. Luego comeremos.

Intenté acordarme de lo que quería de mí. Movié la mano hacia la mesa y lo recordé. Más tiras de cuero en mi lado de la mesa. Volví y me senté en la dura silla.

—Tengo hambre ahora —le expliqué.

Volvió a mirarme de esa manera, sin enseñar los dientes pero gruñendo de todos modos. Corazón de la Manada podía gruñir con los ojos. Suspiré. La grasa que estaba empleando olía muy bien. Tragué saliva. Luego agaché la cabeza. Ante mí, encima de la mesa, había tiras de cuero y trozos de metal. Me los quedé mirando un buen rato. Al cabo, Corazón de la Manada soltó sus tiras y se limpió las manos con un trapo. Vino a mi lado y tuve que girarme para poder verlo.

—Aquí —dijo, tocando el cuero que tenía delante—. Estabas arreglándolo aquí. —Se quedó a mi lado hasta que volví a cogerlo. Empecé a olisquearlo y me golpeó en el hombro—. ¡No hagas eso!

Fruncí los labios, pero no gruñí. Cuando le gruñía se enfadaba mucho. Me quedé con las tiras en la mano largo rato. Luego fue como si mis manos recordaran algo antes que mi mente. Vi cómo mis dedos trabajaban el cuero. Cuando terminé, lo sostuve ante él y tiré, con fuerza, para demostrarle que resistiría aunque el caballo lanzara la cabeza hacia atrás.

—Pero no hay ningún caballo —rememoré en voz alta—. Todos los caballos se han ido.

¿Hermano?

Voy. Me levanté de la silla. Caminé hacia la puerta.

—Vuelve aquí y siéntate —dijo Corazón de la Manada. *Ojos de Noche* está esperando, le dije. Entonces recordé que no podía escucharme. Pensé que podría si lo intentaba, pero no quería intentarlo. Sabía que si volvía a dirigirme a él de esa manera, me empujaría. No me dejaba hablar mucho con *Ojos de Noche* de esa forma. Incluso empujaba a *Ojos de Noche* si el lobo hablaba mucho conmigo. Era algo muy extraño.

—*Ojos de Noche* está esperando —le dije con la boca.

—Ya lo sé.

—Ahora es un buen momento para cazar.

—Es un momento mejor todavía para que te quedes aquí. Te he preparado comida.

—*Ojos de Noche* y yo podríamos encontrar carne fresca.

Salivé al pensar en eso. Un conejo destripado, humeando aún en la noche de invierno. Eso era lo que quería.

—*Ojos de Noche* tendrá que cazar solo esta noche —me dijo Corazón de la Manada. Se acercó a la ventana y abrió un poco los postigos. Entró el aire frío. Podía oler a *Ojos de Noche* y, más lejos, un gato de las nieves. *Ojos de*

Noche gañó—. Vete —le dijo Corazón de la Manada—. Vete, venga, ve a cazar, aliméntate. No tengo comida suficiente para ti.

Ojos de Noche se apartó de la luz que se derramaba por la ventana. Pero no se fue muy lejos. Me estaba esperando, pero yo sabía que no podía esperar mucho tiempo. Como yo, tenía hambre ahora.

Corazón de la Manada se acercó al fuego que provocaba que hiciera demasiado calor en el cuarto. Había una olla junto a él, la retiró del fuego y le quitó la tapa. Salió vapor, y con él olores. Cereales y raíces, y una traza diminuta de carne, evaporada casi por la cocción. Pero tenía tanta hambre que mi nariz siguió la dirección de los efluvios. Empecé a gañir, pero Corazón de la Manada volvió a gruñirme con los ojos. Así que regresé a la silla dura. Me senté. Esperé.

Tardó mucho tiempo. Quitó todo el cuero de la mesa y lo colgó de un gancho. Luego apartó el tarro de grasa. Luego trajo la olla caliente a la mesa. Luego sacó dos cuencos y dos tazas. Echó agua en las tazas. Sacó un cuchillo y dos cucharas. Del armario sacó pan y un tarro pequeño de mermelada. Echó caldo en el cuenco que tenía delante, pero yo sabía que no podía tocarlo. Tenía que quedarme sentado sin tocar la comida mientras él cortaba el pan y me daba un trozo. Podía tener el pan en la mano, pero no podía morderlo hasta que él también se sentara, con su plato, su caldo y su pan.

—Coge la cuchara —me recordó. Luego se sentó lentamente en su silla justo a mi lado. Yo sujetaba la cuchara y el pan y esperaba, esperaba, esperaba. No le quitaba la vista de encima, pero no podía dejar de mover la boca. Eso lo enfureció. Volví a cerrar la boca. Por fin, dijo—: Ahora comamos.

Pero la espera aún no había terminado. Se me permitía dar un bocado. Debía masticar y tragar antes de dar otro, si no me pegaba. Sólo podía tomar tanto caldo como cupiera en mi cuchara. Levanté la taza y di un sorbo. Me sonrió.

—Bien, Traspié. Buen chico.

Le devolví la sonrisa, pero luego me metí en la boca un trozo de pan demasiado grande y arrugó el entrecejo. Intenté masticarlo despacio, pero tenía tanta hambre ahora, y la comida estaba ahí, y no entendía por qué no dejaba que me la comiera ya. Tardaba mucho tiempo en comer. Había calentado demasiado el caldo a propósito, para que me quemara la boca si cogía una cucharada demasiado grande. Pensé en eso un momento. Luego dije:

—Has puesto la comida demasiado caliente a propósito. Para que me quemé si como demasiado deprisa.

Su sonrisa asomó lentamente. Asintió.

Aun así acabé antes que él. Tuve que quedarme sentado en la silla hasta que también él hubo terminado.

—Bueno, Traspié —dijo al cabo—. No se ha dado tan mal el día. ¿Eh, chico?

Lo miré.

—Contesta —me dijo.

—¿Qué? —pregunté.

—Lo que sea.

—Lo que sea.

Frunció el ceño y quise gruñir, porque había hecho lo que me pedía. Después de un momento, se levantó y cogió una botella. Vertió algo en su taza. Me ofreció la botella.

—¿Quieres un poco? —Me aparté de ella. Hasta su olor me cosquilleaba en la nariz—. Contesta —me recordó.

—No. No, es agua mala.

—No. Es brandy malo. Brandy de mora, muy barato. Antes me repugnaba, a ti te gustaba.

Bufé para desprenderme del olor.

—Nunca nos ha gustado.

Dejó la botella y la taza en la mesa. Se levantó y se acercó a la ventana. Volvió a abrirla.

—¡Te he dicho que te fueras a cazar!

Sentí que *Ojos de Noche* daba un brinco y salía corriendo. *Ojos de Noche* teme a Corazón de la Manada tanto como yo. Una vez atacó a Corazón de la Manada. Había estado enfermo una temporada, pero ya me encontraba mejor. Quería salir a cazar y él no me dejaba. Se plantó delante de la puerta y salté sobre él. Me golpeó con el puño y me aplastó contra el suelo. No es más grande que yo. Pero es más artero, y más astuto. Conoce muchas formas de sujetarte y casi todas duelen. Me sujetó contra el suelo, boca arriba, con la garganta expuesta y esperando sus dientes mucho, mucho tiempo. Cada vez que me movía, me pegaba. *Ojos de Noche* gruñía fuera de la casa, pero no muy cerca de la puerta, y no intentó entrar. Cuando gemí pidiendo clemencia, volvió a pegarme. «¡Cállate!» —dijo. Cuando me callé, siguió— «eres joven. Yo soy más viejo y más listo. Peleo mejor que tú, cazo mejor que tú. Estoy siempre por encima de ti. Harás todo lo que yo quiera que hagas. Harás todo lo que te diga que hagas. ¿Entendido?».

Sí, le dije. *Sí, sí, eso es una manada, lo entiendo, lo entiendo*. Pero volvió a pegarme y siguió reteniéndome allí, con la garganta vulnerable, hasta que le dije con la boca:

—*Sí, entendido*.

Cuando Corazón de la Manada regresó a la mesa, echó brandy en mi taza. Me la puso delante, donde tenía que olerlo. Resoplé.

—Pruébalo —insistió—. Un poquito. Antes te gustaba. Lo bebías en la ciudad, cuando eras más pequeño y se suponía que no podías entrar en las tabernas sin mí. Y luego masticabas menta, pensando que no me daría cuenta de lo que habías estado haciendo.

Meneé la cabeza.

—Yo no haría lo que tú me dijeras que no hiciese. Lo entendí.

Hizo un ruido parecido a atragantarse y estornudar a la vez.

—Oh, muy a menudo hacías lo que te decía que no hicieras. Muy a menudo.

Volví a menear la cabeza.

—No lo recuerdo.

—Todavía no. Pero lo recordarás. —Señaló otra vez el brandy—. Vamos. Pruébalo. Sólo un poquito. Te sentará bien.

Como me había dicho que tenía que hacerlo, lo probé. Me picaba en la boca y en la nariz, pero no lograba librarme del sabor resoplando. Derramé lo que quedaba en mi taza.

—Bueno. Qué contenta se pondría Paciencia —fue lo único que dijo.

Y luego me hizo ir a buscar un trapo y limpiar lo que había derramado. Y también a fregar los platos con agua y secarlos.

A veces empezaba a temblar y me caía. Sin motivo. Corazón de la Manada intentaba mantenerme en pie. A veces los temblores hacían que me durmiera. Cuando me despertaba, me dolía todo. Me dolía el pecho, me dolía la espalda. A veces me mordía la lengua. No me gustaban esas ocasiones. *Ojos de Noche* se asustaba.

Y a veces había otro con *Ojos de Noche* y conmigo, otro que pensaba con nosotros. Era muy pequeño, pero estaba allí. No lo quería allí. No quería a nadie allí, nunca más, sólo *Ojos de Noche* y yo. Él lo sabía, y se hacía tan pequeño que la mayor parte del tiempo no estaba allí.

Más tarde, vino un hombre.

—Viene un hombre —dije a Corazón de la Manada.

Estaba oscuro y el fuego ardía bajo. El buen momento para cazar se había pasado. Fuera estaba completamente oscuro. Pronto diría que nos echásemos a dormir.

No me respondió. Se levantó deprisa y sin hacer ruido, y cogió el gran cuchillo que había siempre encima de la mesa. Me indicó que fuera a la esquina, fuera de su ca-